das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tepestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la misericordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepuja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»[1] allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.... Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip.* IV, 7; *Colos.* III, 15.)

sagrado refugio, donde la misma justicia divina pierde sus derechos y se transforma en misericordia.

El Corazón de Jesús es también nuestro *oráculo*. En el tabernáculo de Moisés había sobre el arca de la alianza, entre los dos Querubines que la cubrían con sus alas, una grande tabla de oro puro maravillosamente pulimentada y brillante, que se llamaba el Oráculo ó el Propiciatorio. Allí reposaba «la gloria del Señor,» es decir, el Verbo, la palabra de Dios; desde allí hablaba el Señor á Moisés, manifestándole su voluntad, iluminándole, sosteniéndole, consolándole en sus dificultades de todos los días.

Este *oráculo* del antiguo templo era el símbolo profético de Jesucristo, y en particular de su santísimo y divinísimo Corazón. Nuestro «oráculo,» el oráculo de los cristianos, no es una plancha de oro fría é insensible, sino más bien la humanidad viviente, el Corazón vivo y todo celestial del Hijo de Dios, de ese mismo Verbo que hablaba antiguamente en el *Sancta Sanctorum* del Tabernáculo. En la Ley de gracia todo vive, todo es «espíritu y vida.»[1]

¡Oh Jesús, verdadero Santo de los Santos, qué «oráculo» presentais á vuestros fieles! Vuestro sagrado Corazón, este es nuestro Oráculo, nuestro Propiciatorio. El del antiguo Israel no estaba más que en un lugar; el nuestro está en todo lugar donde estais

1 Verba, quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (*Joan.* VI, 64.)

Vos; está en cada una de nuestras iglesias, en cada hostia consagrada; llena todo el mundo. Mas aún; cada uno de nosotros, cuando os es fiel, puede tocarlo en el fondo de su propio corazón con las poderosas manos de la fe y del amor; puede llegar hasta él en el cielo por medio de la oración: puede no separarse jamás de él por la unión y la vida de la gracia, por el recogimiento habitual, por la pureza de corazón y por la adoración.

El Oráculo de Israel duró sólo un tiempo limitado; el nuestro durará una eternidad. En el Oráculo del templo, el Verbo divino hablaba á Moisés por el ministerio de los Ángeles;[1] pero Vos, Jesús mío, Vos en persona desde el fondo mismo de vuestro Corazón, os dignais hablarnos cara á cara y corazón á corazón, como un amigo á su amigo.

Desde allí, por medio de las secretas inspiraciones de su gracia, nuestro buen Dios ilumina y dirige nuestra conciencia, nos hace conocer su voluntad, sosiega nuestros temores y consuela nuestras tristezas, cuando recurrimos á él con humildad y confianza.

Recurramos, pues, en toda ocasión al Corazón adorable de Jesús; implorémosle, consultémosle. Celebremos, si somos sacerdotes; hagamos celebrar, si no lo somos, la santa misa en honor suyo; comulgue-

1 Lex.... ordinata per Angelos in manu Mediatoris. (*Galat.* III, 19.)

mos con esta misma intención, y sentiremos infaliblemente los efectos de su bondad.

Adorémosle siempre, como aquellos dos querubines de oro que inclinados sobre el Oráculo del templo, mostraban con esta santa actitud lo que debían ser un día los dichosos adoradores del Corazón divino de Jesús.

XXIX

Cómo el sagrado Corazón de Jesús es el modelo al cual debe ajustarse nuestro corazón

Es una verdad indudable que el Rey de la gloria, Jesucristo, nos ama tan misericordiosamente, que cada uno de nosotros puede decir con toda seguridad: «El Corazón de mi Jesús es mío; yo poseo el Corazón de mi Salvador.»

Sí, ese vivo tesoro de amor es mío. Mío, porque su Padre eterno me lo ha dado; mío, porque la santísima Virgen, su Madre, me lo ha dado; mío, porque el Espíritu Santo me lo ha dado y me une íntimamente á él en el inefable misterio de la gracia; mío, en fin, porque el mismo Salvador me lo ha dado mil y mil veces.

Me lo ha dado, no sólo para que sea mi refugio y mi oráculo, sino también el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones. Este modelo santísimo quiero cotemplar y estudiar contínuamente para imitarle con fidelidad.

Ahora bien, ¿qué encuentro en el Corazón adorable de Jesucristo? Es de suma importancia que lo sepa claramente para que pueda amar lo que él ama y detestar lo que él detesta. Hé aquí lo que acerca de esto me enseñan el Evangelio, la Iglesia y los Santos.

El Corazón de Jesús nunca ha aborrecido ni rechazado sino el mal, es decir, el pecado en todas sus formas. ¿Tuvo el menor odio á sus perseguidores y verdugos? De ningún modo; al contrario, excusóles ante su Padre celestial en el momento mismo de su horrible deicidio: «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen.»[1] Esta es la regla que debo seguir en adelante, oh mi buen Maestro. Como Vos y con Vos no quiero aborrecer sino el pecado; por amor vuestro amaré á los que me aborrecen, les perdonaré con todo mi corazón, y les devolveré siempre bien por mal.

El Corazón de Jesús ha detestado con toda la energía de su divina santidad á los fariseos, á los hipócritas, á los enemigos de la verdad y á los seductores de las almas. Con él y como él detestaré á los impíos y á los blasfemos, á los enemigos de la fe, de la Iglesia y de la Santa Sede; amaré sus almas, y

1 Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*Luc.* XXIII, 34.)

rogaré por su conversión; pero mientras permanezcan en su maldad «les odiaré con odio perfecto;»[1] les detestaré y combatiré como Jesucristo les combate y detesta. ¿No es, en efecto, en el Corazón de Jesús tan vivo el santo horror al mal y á los que lo hacen, como el santo amor al bien y á los que lo practican? Obrar de otro modo no sería caridad, sino debilidad, cobarde complacencia.

Siendo el divino Corazón mi modelo, debo, según el precepto de San Pablo, «tener en mi corazón todos los sentimientos que llenan el de Jesús.»[2] Sin esto no tendría su Espíritu, ni sería de Él.»[3]

¿Cuáles son estos sentimientos?

Son en primer lugar los sentimientos de inefable amor que Jesús tiene á su Padre y á la santísima voluntad de su Padre. Tiene tanto amor á esta divino voluntad, que nunca, durante su vida, hizo su voluntad propia, aun cuando era impecable, sino única y amorosamente la voluntad de su Padre celestial. «Yo hago siempre, decía, lo que agrada á mi Padre; y mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió.»[4]

1 Odio perfecto oderam illos. (*Psalm.* CXXXVIII, 22.)

2 Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip.* II, 5.)

3 Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (*Rom.* VIII, 9.)

4 Quæ placita sunt ei, facio semper..... Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. (*Joan.* VIII, 29; IV, 34.)

Es, en segundo lugar, el sentimiento de horror y abominación, de que acabamos de hablar, relativamente al pecado, y que le hizo preferir toda suerte de humillaciones y sufrimientos antes que dejarle reinar en el mundo. Combatido á todo trance por Jesucristo y sus fieles, aun cuando el pecado triunfe momentáneamente, está vencido de antemano, se aproxima el día en que será completamente extirpado de la tierra. A ejemplo de Nuestro Señor y con el socorro de su gracia, en adelante lo sufriré todo antes que cometer voluntariamente un solo pecado, ni aun venial.

En tercer lugar, son los sentimientos de amor que tiene á la cruz y á los sufrimientos. Su sagrado Corazón ha sido, por decirlo así, más crucificado aún, que su carne: el Corazón de Jesús crucificado es lo más profundo de las profundidades de la cruz. Además, Jesús ama tanto los sufrimientos, que el Espíritu Santo, hablando del día de su Pasión, le llama «el día de la alegría del Corazón de Jesús.»[1] No ama los sufrimientos y las humillaciones en sí mismas, pues son un mal; sino que las ama, las busca y las soporta con alegría á causa de los efectos divinos que producen. Así quiero, Jesús mío, amar la cruz por vuestro amor.

1 In die letitiæ cordis ejus. (*Cant.* III, 11.)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son también los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»[1] Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»[2] Dice á sus Discípulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»[3] Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?[4]

1 Væ mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.[1]

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un rapto de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondísteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así ..... Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviaré. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)